

La historia de Erika

Nota de la autora

En 1995, cincuenta años después de la 2a Guerra Mundial, conocí a la protagonista de esta historia.

Mi marido y yo estábamos sentados en un banco en Rothenburg, Alemania, mirando cómo un equipo de limpieza recogía del suelo un montón de tejas rotas del ayuntamiento.

La noche anterior, un tornado había arrasado este hermoso pueblo medieval llenando sus calles de escombros.

Un comerciante entrado en años que andaba por allí nos dijo que aquella tormenta había causado tantos daños como el último ataque de las tropas aliadas en la guerra.

Cuando el comerciante volvió a atender su negocio, una mujer que estaba sentada a nuestro lado se presentó a sí misma como **Erika**.

Ruth Vander Zee

Roberto Innocenti

kelandrea

Nos preguntó si estábamos de viaje. Cuando le dije que sí, que habíamos estado estudiando durante dos semanas en Jerusalén, nos respondió con tristeza que siempre había deseado visitar esa ciudad pero que nunca se lo había podido permitir.

Observé que llevaba al cuello una cadena de oro con una Estrella de David, así que le comenté que, después de estar en Israel, habíamos pasado por Austria donde visitamos el campo de concentración de Mauthausen. Erika nos dijo que en una ocasión había llegado hasta las mismas puertas de Dachau, pero que no había sido capaz de entrar. Entonces nos contó su historia.

Entre 1933 y 1945, seis millones de los míos fueron asesinados. Unos murieron de un tiro. Otros murieron de hambre. Y otros muchos murieron en hornos crematorios o asfixiados en cámaras de gas.



Nací en 1933. No sé mi fecha de nacimiento. No sé qué nombre me pusieron. No sé en qué ciudad o en qué país vine al mundo.

Tampoco sé si tuve hermanos. Lo que sé con certeza, es que cuando apenas tenía unos meses me salvé del Holocausto.

Muchas veces trato de imaginar cómo sería la vida de mi familia durante las últimas semanas que pasamos juntos. Me imagino a mis padres despojados de cuanto poseían, obligados a abandonar su casa y forzados a vivir en un gueto.

Quizá después nos trasladaron a otro lugar. Mis padres debían de estar ansiosos por abandonar aquella zona de la ciudad cercada con alambres de espino en la que habían sido reclusos. Querrían huir del tifus, del hacinamiento, de la suciedad y del hambre..

Pero, ¿se imaginaban dónde iban a acabar? ¿Les habían dicho que los llevarían a un lugar mejor?

¿Un lugar donde hubiese comida y trabajo? ¿Habían oído hablar de los campos de la muerte?

Me pregunto qué sintieron mientras eran conducidos como un rebaño a la estación de ferrocarril junto con otros cientos de judíos. De pie. Apiñados en un vagón para ganado.

¿Tuvieron miedo al oír el golpe seco del cerrojo de la puerta?

Seguramente el tren fue de pueblo en pueblo, atravesando hermosos paisajes, extrañamente ajenos al terror. ¿Cuántos días estuvimos en ese tren?

¿Cuántas horas estuvieron mis padres soportando aquel hacinamiento?

Me imagino a mi madre acurrucándose entre sus brazos para protegerme del hedor, de los llantos y del miedo que había dentro de aquel vagón.





Sin duda, en ese momento ya sabían que no nos dirigíamos a buen lugar.

Me pregunto dónde estaría ella. ¿En mitad del vagón? ¿Estaría mi padre a su lado?

¿Le dio ánimos?

¿Hablaron de lo que podían hacer? ¿En qué momento tomaron la decisión?

¿Cómo se abrió paso mi madre entre tanta gente para llegar a la pared de madera del vagón?

¿Diría: *“déjenme pasar por favor...por favor...por favor...”*?

Mientras me envolvía con cariño en una manta, ¿susurraría mi nombre?

¿Me llenaría la cara de besos y me diría cuánto me quería? ¿Lloraría? ¿Rezaría?

Quizá mi madre, cuando el tren redujo la marcha al pasar por un pueblo, miró a través del ventanuco del vagón;

y con la ayuda de mi padre, forzó el alambre de espino que cubría el hueco.

Probablemente me aupó por encima de su cabeza, hacia la tenue claridad que por allí entraba.

Lo único de lo que estoy segura es de lo que ocurrió después.

Mi madre me tiró del tren.

Caí sobre la hierba, junto a un paso a nivel. La gente que estaba esperando a que pasara el tren, vio cómo me arrojaban desde un vagón de ganado. En su camino hacia la muerte, mi madre me lanzó a la vida.

Alguien me recogió y me entregó a una mujer para que me cuidara.

Ella arriesgó su vida por mí. Calculó mi edad y me puso una fecha de nacimiento.

Decidió que me llamaría **Erika**.





Me dio un hogar, me alimentó, me vistió y me mandó a la escuela. Fue buena conmigo.

A los veintiún años me casé con un hombre maravilloso. Él me liberó de la tristeza que a menudo me embargaba y supo entender mi deseo de formar una familia.

Tuvimos tres hijos y ahora ellos tienen sus propios hijos.

En sus caras, me reconozco a mí misma.

Alguien dijo un día que nosotros llegaríamos a ser tantos como estrellas hay en el firmamento.

Seis millones de esas estrellas se apagaron entre 1933 y 1945. Cada una de ellas era uno de los míos cuya vida fue destruida y cuya familia fue tronchada como un árbol.

Y mi estrella todavía brilla en el cielo.

La historia de Erika.

Escrita por Ruth Vander Zee. Ilustrada por Roberto Innocenti

Editorial Kalandra.Pontevedra, 2003.

